



ARTÍCULO | ARTIGO

Fermentario N. 11, Vol. 2 (2017)

ISSN 1688 6151

Instituto de Educación, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación,
Universidad de la República. www.fhuce.edu.uy

Faculdade de Educação, UNICAMP. www.fe.unicamp.br

**COMENTARIO PEDAGÓGICO A LA IDEA DERRIDIANA DE “ESCOGER SU HERENCIA”
O DE LA INEVITABLE DECONSTRUCCIÓN EN EL CULTIVO DE LAS HUMANIDADES**

Jaime Vieyra

“Sí, un ensayo ha sido el hombre. ¡Ay, mucha ignorancia
y mucho error se han vuelto cuerpo en nosotros!
No sólo la razón de milenios –también su demencia
se abre paso en nosotros. Peligroso es ser heredero”
Nietzsche, *Así habló Zaratustra*.

A mis amig@s uruguay@s en la *Bildung*

Agradezco la invitación a participar en este coloquio¹ que se propone rendir homenaje y hacer un balance de la obra deconstructiva de Jacques Derrida. Por varias razones este balance no pude ser completo y definitivo: por la naturaleza histórica de la obra derridiana y de nuestra lectura; por el carácter abierto, adherente y amplio de sus escritos y entrevistas, que abarcan los más diversos ámbitos de la cultura europea; en fin, porque

¹ Escrito presentado en el coloquio “1967-2017: La construcción de la deconstrucción” celebrado en la Facultad de Filosofía de la Universidad Michoacana de san Nicolás de Hidalgo, en México, del 24 al 28 de abril de 2017

Derrida no es sólo Derrida ni su pensamiento se puede entender como una reflexión aislada, sino como un diálogo incesante con Barthes, Foucault, Althusser, Jabès, Deleuze, Lévinas, Lyotard, Blanchot y, en fin, con lo más destacado del pensamiento francés de la segunda mitad del siglo XX. Ésta es precisamente una de las razones de la dificultad de la obra de Derrida: que presupone un conocimiento casi enciclopédico del pensamiento y la cultura de nuestro tiempo (Derrida es legión o manada); la otra dificultad es el propio estilo deconstructivo de la escritura derridiana, un discurso indirecto libre, moroso y elíptico, que procura borrarse a sí mismo en lo que revela. Me atrevo a decir que nadie, ni sus discípulos directos, han comprendido la magnitud de temas y problemas implicados en la obra de Derrida, de tal modo que sea cual sea el problema filosófico o movimiento cultural que nos preocupe, él nos esperará en un recodo o al final del camino sonriendo y acariciándose con su gato...

Pero el balance es conveniente, aunque parcial y provisional, para valorar la fecundidad de la perspectiva deconstruccionista en relación con nuestros problemas, los de nuestra sociedad y nuestro tiempo. Es en este sentido que quiero contribuir con un comentario a las ideas expresadas por Derrida en su libro-diálogo con la psicoanalista Elisabeth Roudinesco titulado *¿Y mañana qué?*, especialmente a las afirmaciones iniciales del capítulo “Escoger su herencia”. Mi comentario tiene un carácter pedagógico, en la medida que pone el acento en los problemas que plantea la enseñanza de las tradiciones en un contexto multicultural como el mexicano. Quiero mostrar que la posición de Derrida es la más lúcida, aunque no la más fácil, puesto que quiere retener tanto el compromiso con la propia tradición como su necesaria crítica, escapando así de la alternativa entre su pura rehabilitación hermenéutica y su negación radical. Una de las bondades de la deconstrucción derridiana sería, según esto, realizar una crítica diferencial de la tradición, desmontando sus supuestos dogmáticos y revelando, mediante una operación creativa, sus posibilidades y límites.

He aquí el problema

El asunto que me interesa -y espero que también sea de su interés- puede formularse así: ¿Cuál ha de ser nuestra relación con las tradiciones de saber que nos constituyen? Considérese, en primer lugar, que nuestra situación histórica no es la de los pensadores europeos, puesto que en nosotros confluyen conflictivamente al menos dos matrices

civilizatorias, con tradiciones de saber diversas. En segundo lugar, que la pregunta se plantea a propósito de los saberes o disciplinas humanísticas, es decir, las representaciones e interpretaciones de nuestra experiencia histórica en términos de religión, derecho, política, filosofía, artes, urbanismo, salud, etc. Nosotros tenemos una situación más complicada que los europeos y una masa enorme de saberes no reconocidos o con los cuales no sabemos cómo lidiar. Tenemos, pues, un agudo, pertinaz y peligroso problema de *negación de nuestra herencia histórica*, a pesar de tener una doble (y múltiple) profundamente rica. Es evidente que esta negación es un efecto del proceso colonizador de la civilización occidental en América, con la particularidad de que los mexicanos tendemos a no reconocer ni nuestra herencia española ni nuestra herencia indígena, y así sólo parece quedarnos la imitación lo que hoy goza de éxito en las metrópolis y la exaltación retórica de las figuras nacionales.

Ahora bien, ya el pensamiento europeo moderno había construido un concepto pedagógico para enfrentar el problema de la relación del individuo con la tradición cultural en la que se inscribe: el concepto de *Bildung* o “Formación”, que Gadamer reseña al comienzo de *Verdad y método*, desde sus orígenes en el pietismo, su acuñación por Herder, su elaboración en Hegel y su diversificación en Nietzsche, Schiller y otros. El núcleo de este concepto educativo es la idea de que los individuos deben apropiarse del contenido de su tradición, “formarse” en ella, hasta acceder a un punto de vista general que les permita contribuir al enriquecimiento de ésta. Desde el punto de vista del individuo se trata de apropiarse de su herencia histórica y desde el punto de vista de la tradición misma se trata de generar una autoconciencia capaz de introducir modificaciones a partir de una crítica inmanente. La Formación es el proceso dinámico que, a través de la asimilación del saber-sabido (tradición) genera un nuevo saber y así mantiene viva la tradición. La idea es estupenda y su núcleo de verdad permanece, incluso en las formas extremas de la exégesis fiel y la crítica despiadada, puesto que ambas suponen una formación cultural de base. El único problema con este concepto, que se agrava si somos herederos de dos civilizaciones, es la *finitud del individuo frente a la magnitud de la tradición*, es decir, la incapacidad estructural de formarnos en todos los contenidos fundamentales de la tradición cultural puesto que éstos exceden (y cada vez más) la temporalidad de nuestra existencia. Es este elemento existencial el que introducirá Heidegger -ligándolo justamente con lo que él llama *Destrucktion* de la

tradición- al invitarnos a asumir nuestra historicidad, con su brillante fórmula: “Desde la tradición, contra la tradición y en favor de la tradición”. Esta fórmula conserva el núcleo de la *Bildung* pero desplaza el interés desde la tradición hacia el existente, al grado que en *Ser y tiempo* se hablará de una historicidad propia, asumida diferencialmente y una historicidad impropia, objetivada pero inconsciente y por tanto estéril.

La posición de Derrida arranca de esta convicción heideggeriana de la doble imposibilidad de asumir en su totalidad la tradición (y no sólo por su magnitud, sino por los olvidos, negaciones y las taras de su contenido) y de saltar por encima de la tradición (puesto que no habría en dónde caer). Se trata, para él, del acuciante problema filosófico: *¿qué hacemos con nuestra herencia?* Y su interesante respuesta, como he insinuado, es que necesitamos *deconstruirla*, es decir “reponerla” crítica y diferencialmente. Veamos un poco más de cerca esto, antes de arriesgarnos a un comentario sobre su aplicabilidad a nuestro problema mexicano.

La deconstrucción y el dilema del heredero

Quizá nuestra historicidad -nuestro ser histórico- se revele en la conciencia de ser herederos o legatarios de una experiencia que nos precede y que nos sostiene simplemente por haber nacido en ella. Este descubrimiento, por más feliz que sea, tiene siempre el carácter de una responsabilidad cargada con una tarea contradictoria. Escribe Derrida: “llegué a pensar que, lejos de una comodidad garantizada que se asocia un poco rápido a dicha palabra, el heredero siempre debía responder a una suerte de doble exhortación, a una asignación contradictoria: primero hay que saber y saber *reafirmar* lo que viene ‘antes de nosotros’, y que por tanto recibimos antes incluso de elegirlo, y comportarnos al respecto como sujetos libres. *Sí, es preciso* (y *este es preciso* está inscripto en la propia herencia recibida); es preciso hacerlo todo para apropiarse de un pasado que sabemos que en el fondo permanece inapropiable, ya se trate por otra parte de memoria filosófica. de la procedencia de una lengua, de una cultura o de la filiación en general. ¿Qué quiere decir reafirmar? No solo aceptar dicha herencia, sino reactivarla de otro modo y mantenerla con vida. No escogerla (porque lo que caracteriza la herencia es ante todo que no se la elige, es ella la que nos elige violentamente) sino escoger

conservarla en vida”.² Esta exigencia contradictoria de recibir pero escoger, acoger pero reinterpretar, continúa Derrida, ofrece un testimonio de nuestra finitud, pues “únicamente un ser finito hereda, y su finitud lo obliga. Lo obliga a recibir lo que es más grande y más viejo y más poderoso y más duradero que él”.³ Una manera de responder a esta doble exigencia de nuestra finitud se indica en la fórmula “ser fiel e infiel a la vez”: “habría que partir de esa contradicción formal y aparente entre la pasividad de la recepción y la decisión de decir ‘sí’, luego seleccionar, filtrar, interpretar, por consiguiente transformar, no dejar intacto, indemne, no dejar a salvo ni siquiera eso que se dice respetar ante todo”⁴. Ésta es precisamente la tarea deconstructiva.

Derrida es enfático al rechazar que la desconstrucción se proponga la aniquilación de lo desconstruido; de hecho, se trata de reposición diferencial: “Siempre -en la medida de lo posible, por supuesto, y por ‘radical’ o inflexible que deba ser una desconstrucción- me prohibí herir o aniquilar. Precisamente, reafirmar siempre la herencia es el modo de evitar esa ejecución. Incluso en el momento en que -y es la otra vertiente de la doble exhortación- esa misma herencia ordena, para salvar la vida (en su tiempo finito), reinterpretar, criticar, desplazar, o sea, intervenir activamente para que tenga lugar una transformación digna de tal nombre: para que algo ocurra, un acontecimiento, la historia, el imprevisible porvenir”⁵. Este último aspecto es esencial para ubicar la necesidad de la desconstrucción de la tradición: el heredero no sólo está endeudado con el pasado que debe acoger “libremente” escogiéndolo, sino con el futuro que debe suscitar y con los que vienen después: “Uno es responsable ante lo que le precede pero también ante lo venidero, y que por tanto está aún *delante de uno*.”⁶ Para cerrar este pequeño apartado cito estas líneas que resumen la posición de Derrida: “la idea de herencia implica no sólo la reafirmación y doble exhortación, sino a cada instante, en un contexto diferente, un filtrado, una elección, una estrategia. Un heredero no es solamente alguien que recibe, es alguien que escoge, y que se pone a prueba decidiendo”.⁷

² “Escoger su herencia”, de J. Derrida y Elizabeth Roudinesco, *Y mañana qué*. Trad. Víctor Goldstein, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2009, p. 10.

³ Ibid, p. 11.

⁴ Ibidem.

⁵ Obra citada, p. 12.

⁶ Ibidem.

⁷ Obra citada, p. 11.

¿Cómo reclamar nuestra herencia mexicana?

Las breves indicaciones anteriores sobre el ser heredero deconstructor, ¿son válidas para nosotros? ¿hasta dónde? ¿no habría que deconstruir la posición de Derrida para apropiárnosla, particularmente desde la conciencia de la situación cultural colonial, en la que el sistema de dominación procura borrar la herencia autóctona e impone brutalmente otra en gran parte incomprensible pero sancionada por la racionalidad crítica europea? Es sin duda cierto que Derrida ha elaborado conceptualmente importantes elementos de crítica y resistencia al “ontoteocarnofalocentrismo” de la civilización occidental, pero, viéndolo desde las tradiciones indígenas mexicanas o bien desde las orientales ¿No existe acaso un elemento dogmático en la afirmación derridiana de la huella, la firma y la diferencia, a saber, la importancia del que escribe, del que inscribe, del que hace la diferencia? Derrida desplaza hacia lo viviente el problema del sentido y la comunicación, más allá del supuesto privilegio humano del lenguaje, pero parece conservar su núcleo prometeico, el carácter de posición diferencial de la huella arrancada al destino de aniquilación. Bastaría con traer a colación el concepto de *wu wei* o no-hacer taoísta para encontrar un pensamiento en el que todas las diferencias se disuelven sin residuos en un hacerse-deshacerse continuo de lo real. Introduzco esta sospecha para marcar los límites de un seguimiento mecánico de las ideas de Derrida, que por otra parte iría contra el espíritu mismo de la deconstrucción. Menciono de pasada que un atisbo de la conciencia de nuestra situación se expresa en la predilección latinoamericana por el aspecto crítico de la deconstrucción, que es, como vimos, sólo uno de sus lados. Hay otro punto que nuestra situación permite vislumbrar y que no considera Derrida en este texto: la posibilidad de escoger/se (en) una herencia cultural distinta de la materna. Es cierto que la lengua materna determina en general las apropiaciones de otras lenguas y que no basta el puro propósito de apropiarse de otra, sino que es necesario un duro trabajo, pero si esto no fuera posible no habría tampoco libertad formativa y podemos fácilmente comprobar que la hay, aunque sea rara. Estos pequeños reparos quieren hacer ver la necesidad de incorporar matizadamente las brillantes ideas de Derrida a nuestra situación histórica y a nuestro legado. ¿Cuál es, en definitiva, el legado de los mexicanos de hoy; --cuál es nuestro legado? En *Ser y tiempo* Heidegger concibió existencialmente la historicidad como un acontecer comprensivo

elástico, capaz de crecer o decrecer dependiendo del alcance de la conciencia histórica desarrollada por el existente.⁸ En estos términos habría que decir, parafraseando a Zapata, que la herencia es de quien la trabaja, interpreta, critica, deconstruye...

¿Cuál es pues el legado cultural que podemos reclamar los mexicanos? Virtualmente la experiencia entera de los pueblos, en la medida que la podamos conocer y comprendernos en ella. Más específicamente, la experiencia humana de la civilización occidental, específicamente de la cultura española; y la experiencia mesoamericana, especialmente la de los pueblos indígenas de las distintas regiones. En ambos casos se trata de experiencias que abarcan milenios. Sin embargo, los mexicanos nos sentimos herederos de apenas los dos últimos siglos y aún eso sólo en términos retóricos no deconstructivos. Ahora bien, ser herederos es siempre un peso gravoso, como lo vio Nietzsche⁹, pues no sólo heredamos la belleza, la creación y la inteligencia del pasado, sino también los errores, las monstruosidades y las taras, *de ahí la necesidad de comprender, escoger, elegir nuestra herencia y elegirnos en ella*. Este necesario trabajo de criba de la tradición cuya clave ofrece la deconstrucción es el que en su mayor parte está por hacerse, aún en los dos siglos del México independiente y con más razón con los siglos anteriores. A esta altura debe resultar evidente que nuestra relación con la tradición es la relación con nosotros mismos en cuanto devenidos o en cuanto producto y momento de una historia cultural. No se trata de un problema de identidad representacional, sino de la autoconstitución de nuestro ser histórico; no de un asunto ideológico, sino ontológico-existencial.

Más que un método preciso, la deconstrucción aparece ante nosotros como la clave de una relación crítica fecunda con nuestro ser-devenido o nuestra historicidad. Su *aspecto crítico* busca la fluidificación, la desolemnización, el descentramiento y la desustancialización de las fosilizaciones de la tradición, de sus aspectos dogmáticos y de sus intencionados olvidos; su aspecto rehabilitador, por otro lado, supone la elección, la

⁸ "La constitución fundamental de la historicidad" de M. Heidegger, *Ser y tiempo*. Trad. de Jorge E. Rivera, Madrid, Trotta, 2003, páginas 398-403.

⁹ "De la virtud que hace regalos", de F. Nietzsche, *Así habló Zaratustra*. Trad. de Andrés Sánchez Pascual, Alianza editorial, México, 1989, pág. 121.

asunción y la repetición diferencial de la tradición. Es claro que ambos buscan posibilitar un futuro a salvo de sus taras y de ningún modo fortalecer las hegemonías o identidades del presente. Es en este doble sentido que me parece que *la deconstrucción es una vía privilegiada para reclamar nuestra herencia cultural*.

Finalmente, el comentario pedagógico

La deconstrucción es algo que se hace a través de lo que se deshace, en el sentido de que su relación con la tradición no busca fijar de una vez y para siempre el valor de la experiencia pasada, ni pretende que su lectura sea la última y definitiva, pues en tales casos recaería en el dogmatismo. Más particularmente, la deconstrucción, para Derrida, es algo que se escribe, es un procedimiento filosófico-literario. Y esto no es trivial, puesto que supone un trabajo directo con los documentos de la tradición (fundamentalmente, pero no exclusivamente escritos) y una intervención creativa directa, de la elaboración de una escritura o de una obra, de otro modo se mantendría en el simple plano subjetivo o ideológico. Pues bien, podríamos preguntarnos, al modo del Sócrates platónico, si puede enseñarse y aprenderse la deconstrucción. Toda una importante corriente pedagógica que se remite a Piaget insiste en que la buena educación es un proceso de construcción de conocimientos que se apoya en los aprendizajes previos y en el cual el educando va formando su personalidad a la vez que los integra. La trayectoria constructivista es progresiva y relativamente lineal, frente a la deconstrucción que es irregular, espiráldica y paradójica y *siempre ligada a su objeto*. Esto último quiere decir que no existe la deconstrucción “en general” o una fórmula que se pueda aplicar a los distintos casos: se deconstruye tal o cual elemento o aspecto de la tradición, *involucrándose íntimamente con él* y, desde él mismo, revelando sus puntos de fuerza y sus puntos ciegos, sus “momentos dogmáticos” y sus intuiciones fecundas. Pareciera entonces que la deconstrucción es un arte cuya único artífice es quien lo inventó, mientras que los demás deberíamos contentarnos con construir lo mejor que podamos nuestros conocimientos. Pero todo lo que he dicho antes y lo que voy a decir ahora desmienten esa apariencia. En efecto ¿acaso no encontramos en todo aprendizaje profundo una experiencia de elección, crítica y disociación de la tradición que, además, se expresa en algún tipo de escritura? Aprender contenidos, métodos y actitudes ya

establecidos constituye un proceso constructivo, por lo demás valioso e inevitable; pero aprehenderse a sí mismo en relación con lo que se aprende y hacer algo con ello, una variación, una inversión, una torsión, una diferencia, eso es ya una operación deconstructiva, por más salvaje y asistemática que sea. Se trataría entonces de cultivar una especial penetración hermenéutica en la relación con la tradición, pero también una aguda conciencia de nuestra diferencia, de nuestra finitud creadora, para no perdernos en lo ya devenido. Por lo demás, toda la obra de Derrida es una escuela de deconstrucción de la que siempre podemos aprender.

¿Que implicaciones tendría la perspectiva deconstructiva en la enseñanza de las humanidades? Por principio de cuentas ampliaría espectacularmente la riqueza de nuestro legado cultural (idiomas, formas de organización, creaciones, documentos, costumbres, historias, etc.) al menos a dos civilizaciones milenarias y a decenas de culturas. Ya no sería sólo el legado de los dos últimos siglos del México independiente, sino también del México colonial y aún del llamado México antiguo (¡Y con esto México mismo estaría siendo deconstruido!). En segundo lugar, mostraría que el legado no está ahí para ser elogiado o negado, ni tampoco para ser estudiado “objetivamente” sino para ser “elegido”, es decir, seleccionado y cultivado críticamente. En tercer lugar, rompería los malos prejuicios mexicanos respecto a la maldad española y la pasividad indígena, obligándonos a percibir y hacernos cargo de los primores y las taras de nuestros ancestros españoles e indios, para mayor gloria de ellos. Finalmente, pero no en último lugar, nos haría darnos cuenta del incalculable valor de nuestras miradas, de nuestros pensamientos y de nuestros afectos para reavivar el fuego de la conciencia humana y honrar, sin esclavizarnos a ellos, a nuestros muertos. Muchas gracias.

Referencias bibliográficas:

Derrida, J y Roudinesco, E. (2009). “Escoger su herencia”, de, *Y mañana qué*. Trad. Víctor Goldstein, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

Heidegger, M. (2003). ”La constitución fundamental de la historicidad” en *Ser y tiempo*. Trad. de Jorge E, Rivera, Madrid, Trotta.

Nietzsche, F. (1989). "De la virtud que hace regalos", en *Así habló Zaratustra*. Trad. de Andrés Sánchez Pascual, Alianza editorial, México.